

# Filantetría

De la poética del moribundo a la poética de la represión

## PEDRO Y EL CAPITÁN

■ Fernando LÓPEZ MATEOS

Está bien capitán, usted lo sabe todo, pero eso no va a impedir que yo esté muerto... los hombres están muertos, cuanto antes mejor, los muertos no somos chantajeados...". Las palabras anteriores, inscritas en la obra de Mano Benedetti, con el nombre de *Pedro y el Capitán*, son sólo parte de un texto que relata la historia de un hombre que es torturado en un separo militar.

Es la historia de un espíritu que se rebela contra toda forma de depresión, contra todo sistema de cohesión que rebasa las garantías individuales del ser humano, matando su voz, su cuerpo físico, sus ideas, pero que ya se sabe más lejos del mundo de los vivos que el infierno y el purgatorio.

Esta obra, que está siendo presentada en el lugar conocido como El Nopal Centenario, ubicado en pleno centro de Tijuana, despierta los sentidos de toda clase de público, desde el más ferviente adorador de las ideas radicales en pro del socialismo, que están tocando su intermezzo en esta ópera de cataclismos mundiales, hasta los nuevos "castores del facio" universal, que desafortunadamente va creciendo tanto como la hambruna en los países pobres o los automotores japoneses en el mercado del orbe.

Mano Benedetti, poeta del amor como pocos pero también del canto de los oprimidos, de los desventurados, de la igualdad y la justicia social, demanda en esta liturgia dramática, una revisión de los valores que el ser humano ha llegado a trastocar en función de un cometido que se repite con harta frecuencia: la extorsión, el chantaje, la tortura, el asesinato "lento".



Dicha liturgia plantea un duro trabajo a los actores de Antonio Espinoza y Adolfo Aispuro (*Pedro y el capitán* respectivamente), cuyo máximo desafío no sólo consiste en transmitir los diversos cuadros de la antesala de la muerte, sino el proceso de transformación de dos hombres que intercambian sus roles dentro de un juego de poder en el que ambos son perdedores, pero que luchan hasta el final para salvar la poca o mucha lealtad y dignidad que les queda, después de haber jugado en la lid por el honor de vivir en libertad.

En el juego teatral se llega por distintos caminos al objetivo dictado por el autor, siempre que sea éste el deseo del director a elaborar su interpretación. Al observar el trabajo que se comenta pensamos en que efectivamente el director quiso respetar al autor en la forma, y por ende, en el fondo. Tal vez trascendido.

La forma nos dice que estamos en un separo, cerca o junto a las cámaras de tortura, que es tan sombrío como sus habitantes y que en él se están llevando a cabo distintas secuencias posteriores a las sesiones de "estimulación al habla" del prisionero. También nos dice que el tiempo va siendo cada vez más pesado conforme se suceden las secuencias, que el luteo ha cambiado de destinatario y que el flagelado prisionero es ahora el que pregunta, el que cuestiona la verdad del torturador, del "frágil" verdugo impuesto contra el papel que un día aceptó jugar, para siempre.

La forma describe de modo eficiente los cambios en la manera de pensar y de reaccionar de los personajes, con sus correspondientes efectos de acción física. Dibuja el uniforme y el atuendo del contrincante de una manera lógica, atractiva. Permite imaginarse que el dolor es cierto y por lo tanto lo demás pudiera ser.

El fondo, por su parte, es tocado tangencialmente durante casi todo el desarrollo, con aproximaciones de peso, pero que se distancian a medida que se avanza en la exposición vocal de los contendientes. En el fondo está la fuente que nos lleva hacia esa poética del moribundo oculta en la magistral pluma de Benedetti, reflejo de un espectáculo de horror que va más allá de la fantasía, por haber sido parte del mundo circundante del poeta.



Tal poética, sólo puede ser vista en los ojos de quien llega a sumergirse en este submundo de situaciones límite, cuya vida está involucrada hasta el cuello, pero que todavía respira porque hay un motivo por el cual vivir. La esperanza, el último de los recodos de la vida, alcanza a convertirse en la novia que coquetea a la muerte.

En la puesta que comentamos, la preocupación por presentar la forma de manera eficiente, no se suscribió a las necesidades del fondo, cuya elocuencia parece estar más en el mito de la poética represiva del grito y la tensión, que a la de la ardiente calma y la ingravida contención del oprimido.

Afirmarse comunista o anticomunista implica asumir un mundo de ideas alrededor de uno, que pesan más en las emociones y los impulsos que puedan generar al interior de nosotros. En la confrontación de tales ideas con la pérdida de la libertad o de la vida misma, el conflicto se acentúa y logra niveles superiores de tensión dramática. No basta decir las cosas con un poco más de volumen o con la saliva saliente en las comisuras de los labios.

La inconsistencia en el proceder del capitán, es el alimento para que la dignidad pisoteada de Pedro saque a flote todos los secretos guardados que liberan sus odios, esa enfermedad del alma que se anida entre los enemigos naturales. Los dos personajes como enemigos requieren investigar el grado de la conmiseración que paulatina-

mente los acerca, hasta unirlos en una sola voz en comunión, proclamando la vida, esperando la muerte, carnal la de Pedro, espiritual la del capitán.

La forma, por su naturaleza, no nos permitió anidar en esos recovecos, no obstante, pudimos alimentar nuestra pupila y nuestro odio con pronunciamientos sinceros aunque desfasados de esta profundidad que mencionamos, llenos de un atrevimiento digno de agradecerse.

El cuerpo habla, y habló bien; las manos, la cara, también, ¿por qué no dejan hablar al alma, indagando más a fondo en el interior de vuestras propias realidades? El recurso más difícil de la desinhibición no está en quitarse las ropas, cosa que muestran con singular naturalidad -y que es un punto a favor de los agónicos actores-, sino en la desnudar el alma hasta el límite de lo sublime.

Si la consecuencia descarnada de la forma se acentúa con dosis mayores de sangre sobre al cuerpo atormentado (aunque sea en la forma teatral), tal vez nos lleve, en la creencia a conseguir esta idea del fondo que tanta falta nos hace para lograr la progresión dramática y, en consecuencia, la catarsis en el público: Siento, luego existo; luego estoy ahí; luego, el público también. Enhorabuena.

*Pedro y el Capitán*. Se presenta el viernes 24 de julio en El Nopal Centenario. Dirección: Jorge Andrés Fernández.